¿Dios es mas severo en el antiguo testamento? // Lo que revela el Salmo 118

La misericordia como eje del Salmo 118

El Salmo 118 puede resumirse en una sola palabra: misericordia. El salmista repite constantemente que Dios es bueno y que su misericordia es eterna. Esto rompe con la idea popular de que el Dios del Antiguo Testamento es cruel, vengativo o caprichoso. La Biblia presenta algo muy distinto: un Dios cuya ira siempre responde a acciones humanas concretas y nunca es arbitraria.

Leer los textos fuera de contexto lleva a conclusiones equivocadas. A lo largo de las Escrituras aparecen más referencias a la misericordia divina que a su juicio. La ira no es impulsiva; es consecuencia. La misericordia, en cambio, es la esencia constante del carácter de Dios y la base de la fe judeocristiana.

Una historia coherente desde el principio

La Biblia no es una colección de relatos aislados, sino una narrativa continua. Desde la caída del ser humano hasta la muerte de Cristo, la historia mantiene un hilo conductor: la relación entre el Creador y su criatura. Cada episodio —los patriarcas, los reyes, los profetas— forma parte de un mismo desarrollo que culmina en la salvación.

Los personajes bíblicos no aparecen idealizados. Se muestran

con defectos, miedos y errores. Esa honestidad hace creíble el relato: Dios no oculta la debilidad humana, sino que actúa en medio de ella. Por eso la misericordia es tan central: se aplica a personas reales, no a héroes perfectos.

La justicia divina no es caprichosa

La justicia de Dios se manifiesta como respuesta moral al comportamiento humano. No es explosiva ni impredecible. Cuando el ser humano insiste en su camino, experimenta consecuencias; cuando se arrepiente, recibe gracia.

La misericordia, por definición, es recibir algo que no se merece. Muchas personas la rechazan porque creen que tienen derecho a ciertos resultados. Sin embargo, ante la evidencia de la culpa, la única esperanza es apelar a la compasión.

El problema humano frente a la misericordia

El ser humano quiere normas estrictas para otros y flexibilidad para sí mismo. Se exige justicia cuando es víctima, pero pide indulgencia cuando es culpable. El Salmo 118 confronta esa contradicción: todos dependemos de la misericordia.

La gente también espera que Dios elimine guerras, hambre y sufrimiento, olvidando que gran parte de esos males nacen de decisiones humanas. La misericordia divina no anula la libertad humana; actúa cuando se permite.

El ejemplo de Nínive

La historia de Jonás muestra claramente el contraste entre el corazón de Dios y el del hombre. La ciudad de Nínive, marcada por violencia y crueldad, se arrepintió y fue perdonada. El

profeta se molestó porque sabía que Dios es compasivo.

La misericordia divina no depende de simpatías humanas. Incluso los enemigos pueden recibirla si cambian. Pero también existe advertencia: cuando el arrepentimiento desaparece, la protección también. Años después, la ciudad volvió a caer.

Confiar en Dios y no en el hombre

El salmista afirma que no teme lo que el hombre pueda hacerle. La razón es clara: la seguridad real no está en personas, instituciones ni sistemas, sino en Dios.

La confianza en líderes, posiciones o estructuras siempre puede fallar. La fe verdadera coloca el fundamento en algo inamovible. Así como un edificio necesita cimientos sólidos, la vida espiritual necesita una base firme.

La fe como don

La fe no es solo voluntad ni disciplina religiosa. No consiste únicamente en cumplir normas o asistir a reuniones. Es una relación viva con Dios que produce certeza interior.

Puede haber práctica religiosa sin fe, pero no fe verdadera sin transformación. La religión regula conductas; la fe cambia el corazón.

Misericordia en la vida de David

El rey David cometió errores graves, pero siempre reconoció su culpa y volvió a Dios. Por eso experimentó misericordia. La clave no fue su perfección, sino su arrepentimiento.

La justicia indicaba castigo, pero la misericordia prevaleció. Esto muestra que la relación con Dios no se basa en impecabilidad, sino en un corazón dispuesto a volver.

La transformación de Pedro

Pedro negó a Jesús, pero cambió. Su vida demuestra que la fe implica aprendizaje continuo. La capacidad de reconocer errores y adaptarse abrió la puerta para que Dios lo utilizara.

Su historia enseña que la grandeza espiritual no es ausencia de fallos, sino disposición a ser transformado. La humildad permite crecimiento.

La piedra angular

El Salmo 118 menciona la piedra rechazada que llega a ser la principal. Esta imagen describe el fundamento definitivo de la fe: aquello que parecía insignificante sostiene todo.

La piedra angular mantiene unida la estructura. Sin ella todo colapsa. La misericordia funciona igual en la vida espiritual: es el centro que da estabilidad.

La lucha con el perdón

El ser humano pide perdón para sí pero niega perdón a otros. Esta incoherencia revela cuánto necesitamos la misericordia. Negarla a los demás contradice haberla recibido.

Además, muchas personas no se perdonan a sí mismas. Aun después de ser perdonadas, siguen viviendo en culpa. El proceso espiritual incluye aprender a aceptar el perdón.

Las cicatrices del corazón

Las experiencias dolorosas dejan marcas. Al principio son heridas abiertas; con el tiempo pueden convertirse en cicatrices sanadas. La obra espiritual no elimina la memoria, pero transforma su significado.

Las cicatrices recuerdan cuidado y restauración. Lo que antes dolía se convierte en testimonio de sanidad.

Vivir bajo la misericordia

El Salmo concluye en alabanza: Dios es bueno y su misericordia permanece para siempre. La vida espiritual consiste en reconocer esa realidad diariamente.

No se trata de negar las cargas, sino de llevarlas confiando en Él. La misericordia no elimina todas las dificultades, pero sostiene en medio de ellas.

La conclusión es sencilla: la base de la vida no es la perfección humana, sino la misericordia divina. Allí descansa la verdadera esperanza.